



XVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

“Le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado”

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Jeremías 23,1-6; Efesios 2,13-18; Marcos 6,30-34

La lectura del evangelio de Marcos nos sitúa en el contexto del envío de Jesús a los discípulos (6,7-13). Ahora han regresado a reencontrarse con Jesús, “y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado”. Escena muy propia del discípulo, que con confianza y alegría comparte con el Maestro aquella primera experiencia pastoral. Ya antes se nos había contado un resumen de lo que habían realizado: “predicaron que se convirtieran, expulsaban a muchos demonios y ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban” (6,12-13). Fundamentalmente lo que habían visto hacer a Jesús, de él lo habían aprendido: anunciar la cercanía del Reino de Dios y hacer el bien, liberando y sanando. En ese “le contaron todo” no faltarían las pequeñas anécdotas, ni las dificultades experimentadas por su propia limitación o por la indiferencia de la gente. De todas formas, es una buena sugerencia para nuestro diálogo y oración de discípulos.

Jesús los acoge, invitándoles a compartir juntos un momento de intimidad: “Vengan también ustedes aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco”. Un rasgo muy humano y peculiar de la relación de Jesús con los discípulos. No todo es actividad y trabajo; también el descanso compartido con el Maestro forma parte de la relación tan humana que Jesús mantiene con los suyos. A los Doce los había elegido “para que estuvieran con él y enviarlos a predicar” (Mc. 3,14). De eso se trata ahora: “estar con él”, disfrutar de su presencia y amistad. El discipulado no es

* Ciclo B

una profesión, es en primer lugar una experiencia de relación personal, de amistad y de seguimiento. “Ustedes son mis amigos”, les confiará más adelante (Jn. 15,14). Y la amistad se cultiva y desarrolla en momentos de cercanía y diálogo. La oración, así entendida, es expresión constitutiva y necesaria de la condición del discípulo.

“Pero los vieron marcharse”. La gente quería estar con Jesús, sabía que era bueno estar cerca de él. Sus enseñanzas y, quizá más, sus acciones de bondad y sanación les hacía sentir contentos y en seguridad. Lo buscan y hasta se adelantan. “Al desembarcar, vio mucha gente y sintió compasión de ellos”. La “compasión” viene expresada con un verbo que denota una conmoción profunda ante la situación: “desde las entrañas”. No es simplemente lástima o preocupación, es sentirse profundamente conmovido y afectado, un sentimiento que no deja indiferente, reclama una acción.

El texto especifica el motivo. Jesús se conmueve al ver tanta gente que le espera “porque estaban como ovejas sin pastor”. La expresión y la metáfora eran bien comprendidas en aquella cultura agraria en la que todos conocían lo que era un rebaño de ovejas y lo que significaba la tarea del pastor. Con buen tino se ha escogido la primera lectura, tomada del profeta Jeremías. Yahvé se lamenta de la falta de buenos pastores -“las empujaron y no las atendieron”- y decide poner otros “que las apacienten”, que guíen y se preocupen de la vida de las ovejas, la gente de su pueblo. Es un asunto muy personal para Dios: “Yo recogeré el resto de mis ovejas... y pondré al frente de ellas pastores que las apacienten”. De manera más precisa, y ya sin la metáfora del pastor, promete “un rey prudente (que) practicará el derecho y la justicia en la tierra”, como condición para que su pueblo se sienta salvo y seguro. Jesús, que va conociendo bien la situación de su pueblo, empobrecido y desorientado, por el dominio del Imperio romano y el abandono de sus autoridades, se siente profundamente afectado y comprometido. A falta de pastor, descubre y va asumiendo su , y a continuación vendrá el relato de su acción para promover la solidaridad y así remediar el hambre (6,37-44). La enseñanza, que giraría en torno al cuidado de Dios por la vida de su pueblo, lo que él formulaba en términos de “Reino de Dios”, iría acompañada de una atención al problema del abandono y del hambre, suscitando en la gente una nueva actitud: la disposición para compartir lo (poco) que se tiene.

En el evangelio de Juan, explícitamente él se proclama: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas”. Dando cumplimiento a la promesa de Jeremías, precisa: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”. Se diferencia de los “asalariados”, que son “ladrones y salteadores”, que “no vienen más que a robar, matar y destruir”. (Jn.10,8.10-11). Los criterios para discernir entre los “buenos pastores” y los “asalariados” son claros y siguen vigentes. Nos per-

miten distinguirlos tanto en el campo político como en el religioso. La crítica no era dar palos al aire; tenía destinatarios muy precisos, a los que la gente reconocía. Ellos mismos también lo entendieron y fueron los que se decidieron a eliminarle. Se cumplía así también el destino del verdadero profeta.

La lectura de la carta a los Efesios no nos desvía del tema. “Él (Cristo) es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio, la enemistad”. El autor de la carta se refiere directamente a judíos y paganos, entre los que la religión establecía un muro divisorio, que Cristo por su muerte derribó. La división y la enemistad -¡y el desprecio!-, están presentes hoy en otros aspectos: ideológicos, sociales, económicos, culturales, raciales..., que nos impiden reconocernos como iguales y hermanos. La paz de Cristo es un llamado urgente a considerarnos como un solo pueblo, “un solo Hombre nuevo” o, mejor, una sola Humanidad nueva. No se trataría de ignorar las divisiones y diferencias, que de hecho existen y se manifiestan hoy de manera tan escandalosa en formas más o menos camufladas de racismo, sino de asumirlas como un desafío a superar con decisión, y con actitudes y prácticas de reconocimiento, de escucha y de respeto. Lo que podemos aprender de esta lectura es que, quienes por el bautismo estamos “en Cristo Jesús”, no podemos ser indiferentes ante los “muros divisorios, la enemistad” que se han ido levantando. Por el contrario estamos llamados a denunciarlos y derribarlos con el testimonio, con razones y palabras. La lectura termina diciendo: “Por él, unos y otros, tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu”. Hay que traducirlo en maneras nuevas de vernos y relacionarnos, con un nuevo sentido de la fraternidad y de la justicia entre nosotros.